

La comunidad nacional como ente natural

Alfredo J. A. Mason

I. A modo de prólogo

Este artículo sintetiza las principales conclusiones de un trabajo mayor y en curso, que ha nacido como respuesta a la necesidad de dar cuenta de una realidad que se nos mostró claramente –a través de la investigación realizada en el Centro de Perfeccionamiento Docente– y que podríamos enunciarla como el deseo de los miembros de las generaciones jóvenes e intermedias, de aprehender –en su doctrina y teoría– eso que vive en ellos bajo la forma de un sentimiento: el amor a la Patria.

La caracterización de esa realidad, como la dirección de la investigación misma, es obra del Director del C. P. D., el señor Juan Carlos Bardoneschi, en diálogo con quien pudimos elaborar el presente trabajo.

En manera alguna podemos pretender, que éste agote el tratamiento de la cuestión, fundamentalmente, porque nuestro objeto de reflexión no es una “idea”, sino que, la Nación es una realidad (res) que se realiza (actus).

Para desarrollar nuestra tesis, partimos a manera de supuesto, de una convicción filosófica: la naturaleza de la civilización occidental es “en esencia metafísica y tiene una existencia política”; pero en la medida que la tecnología va intentando ocupar ese lugar, peligra la existencia del fundamento. Lo espiritual se diluiría como un aspecto inconsistente de la materia y ésta –sólo capaz de ser comprendida a la luz del espíritu– se convertiría en ininteligible.

Por otra parte, la “tenaza tecnológica” que amenazaba con destruir Europa –según la imagen que diera Heidegger– se ha cerrado, pero de ninguna manera debe ser considerado como un signo escatológico de la muerte de Occidente. América es la tierra de la esperanza.

Así, la búsqueda del orden natural no puede incursionar otro camino que volver por las viejas sendas de la Metafísica que le permitan reencontrar el fundamento.

No queremos terminar estas líneas sin señalar el papel que cabe a los intelectuales de mi generación –la intermedia– para lo cual, no encontramos mejor forma que hacer nuestras las palabras que nos dejara, a modo de mandato, el R. P. Leonardo Castellani: “la inteligencia argentina tiene hoy una tarea y un deber sacros, pensar la Patria”, sin olvidar que, el conocer y el pensar no son un producto individual, sino comunitario.

II. Naturaleza humana y existencia política

Las nuevas formas de dominio supranacionales que se plantean imponer su voluntad sobre pueblos y naciones –superando toda argumentación del liberalismo o del marxismo– centran su visión totalitaria en la negación de la politicidad del hombre.

Esta negación aparece bajo dos formas: en primer lugar encontramos a quienes toman como guía de acción el sedicente criterio del mero hecho –con la primacía de la práctica– por sobre la idea de la Nación; por otro lado, aparecen aquellos que sostienen que la legalidad jurídica posee una primacía por sobre la legitimidad. En ambos casos, la Nación es algo a inventar, a definir, porque se entiende que esa totalidad que constituye está compuesta por la suma de los hechos o de las perspectivas (incluso las contradictorias) o de estamentos sociales aislados. La Nación se disuelve así en el aire, pues sus raíces son cortadas a partir del momento en que se renuncia a un fin objetivo: la grandeza de la Patria y la felicidad del pueblo¹.

Para comprender, entonces, el significado que posee la Nación como comunidad política, debemos remontarnos hasta sus mismos fundamentos, sin olvidarnos que esta reflexión es posible porque somos parte de una Nación y ella constituye las condiciones políticas de nuestra producción científica. Tal como

expresara Saint-Exupéry: “el sentido de las cosas cambia para los hombres, según el sentido de su casa”².

Desde esa situación encontramos que, los fundamentos más profundos se encuentran en las Sagradas Escrituras, no solo por un criterio de autoridad, sino porque nuestro pueblo es hijo de esas mujeres “de pobre rebozo negro/ y antiguo credo cristiano”, en el decir de nuestro poeta Buenaventura Luna. No vamos a desarrollar aquí una Teología de la Nación³, pero sí indicaremos algunos elementos.

Siguiendo al Génesis, el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios; pero al ser Dios en su Trinidad una naturaleza común y tres personas, no podríamos concebir a su creatura sin una naturaleza comunitaria⁴. Más, la creación se perfeccionará cuando junto al hombre es creada la mujer, a la cual se le concederá ser la depositaria de la procreación de la estirpe. Esta aparición de la mujer signará reduplicativamente la naturaleza comunitaria del hombre.

Esto quiere decir que, el hombre, no es un individuo de la especie “homo”, ni siquiera cuando lo adjetivamos como “sapiens”. El hombre es capaz de ser designado con un nombre propio, que se presenta como sujeto de toda proposición y acción, portador de propiedades (que hacen tanto a su espíritu como a su cuerpo) y posee una conciencia del vínculo originario que lo liga al Ser Absoluto⁵. El hombre es, fundamentalmente, persona.

El hombre, en tanto persona, está llamado a ser y hacerse; o sea, la vida le es dada como persona, pero ésta es una suerte de potencialidad que al decir de San Juan de la Cruz en el “Comentario al Cántico”, al contemplarla en este estado de limpieza de toda afección, podemos sentir el vacío grande de su profunda capacidad.

Esa capacidad se actualiza en el obrar, en el quehacer, de la persona; esto es un hacer lo que hay que hacer porque se es “alguien”, evitando la vacuidad de hacer cualquier cosa, pues, sólo desde el acto fundante se construye la persona.

Esto no significa que concibamos primero el acto y luego el ser, pues el orden de prioridad absoluta es inverso, pero es factible sostener una causalidad del actuar humano sobre el propio sujeto o, lo que es lo mismo, afirmar que la persona se hace en el acto⁶.

El actuar implica que hay alguien que “es”, pero que “es así”, lo que de suyo conlleva a que “es así aquí”⁷. Lo que afirmamos con esto es que la persona actúa en un lugar, en un ámbito donde actualiza su existencia y sin lo cual no hay persona.

Aquí aparece el fundamento óntico de la Nación, porque sólo el hombre puede saber que existiendo en un lugar y en el transcurso de una circunstancia participa del ser; pero esta relación es por el Ser, lo cual aporta el fundamento ontológico.

Lo antedicho nos lleva a afirmar que, en el orden de lo natural, la participación del hombre en una comunidad es fundante de su persona.

Se nos podría decir aquí que esa pertenencia política resulta ser una participación accidental, como lo es toda realidad moral que procede de la estructura substancial del hombre. En cuyo caso deberíamos poder –aunque sea en el plano conceptual– concebir un hombre aislado, una suerte de esencia pura⁸.

Pero cuando necesitamos señalar la diferencia entre un hombre meramente pensado y uno real, sólo se necesita mostrar que uno existe, que efectivamente está “ahí” y ese estar “ahí” significa estar encarnado.

Esto último no sólo debe entenderse respecto del cuerpo individual, sino que alude a la pertenencia a un cuerpo comunitario⁹ y que Aristóteles denominó politicidad¹⁰.

La Nación¹¹, como forma de la comunidad política, es por lo tanto, algo natural al hombre porque es la constituyente de su propia naturaleza¹².

Se impone aquí establecer las causas de la comunidad política, no como un mero ejercicio filosófico sino para mostrar el fundamento de su existencia.

La causa material de la comunidad política está dada por la comunión que naturalmente establecen las personas, en la conformación de un pueblo; en tanto que la causa formal es el orden que logran: la Nación, organización del orden político.

No decimos que las personas son la causa material, porque si fueran directamente ellas las que deben ser “in-formadas” sometándose a la “forma política”, nos encontramos que estamos afirmando que no poseen ningún principio dinámico, lo cual es a todas luces falso.

La causa eficiente es el ejercicio de la actividad política que el pueblo como totalidad desarrolla, y que se completa con la actividad del Gobierno del Estado, agente que produce –si encarna la autoridad– el orden político, al conferir unidad a la diversidad, bajo las formas de la armonía de la desigualdad de las personas¹³.

En cuanto a las características que puede tomar esta actividad política –tanto del pueblo como de su Gobierno– está signada por una serie de imponderables que podemos denotar como la ejecución del sentido del sentimiento de lo nacional.

La causa final, en lo inmediato, es la persecución del bien común; en lo mediato, la Salvación.

Esta última le está prometida –como posibilidad– a todas las naciones, en tanto que el bien común es propio de cada una: o sea, de lo que por grandeza

quiera cada Patria y por felicidad cada pueblo. La persona como la Nación tiene un destino y una misión que le son propias y a la cual todos deben ordenar¹⁴.

De allí que el hombre nace siempre en una nación de cultura¹⁵ y ese lugar aparece como necesario y anterior a toda elección posible, por eso es que no podemos elegir nacer –en nuestro caso– no argentino. Es decir que, “la circunstancia concreta desde la que el hombre adviene a la conciencia de su participación es necesaria y constitutiva”¹⁶.

Todo lo humano, todo lo que sea un producto o producirse humano, será necesaria e ineludiblemente nacional¹⁷.

Queremos concluir estas líneas con una síntesis de lo expresado en ellas y, como no podía ser de otra manera, la encontramos en los versos de un poeta:

“Patria, digo, y los versos de la oda como clamantes brazos
paralelos, te levantan Ilustre, Única y Toda en encarnación de almas y
cielo.”

Leopoldo Lugones
Centenario de la Argentina

Notas

¹ C. f.: GILLESSEN, Herbert, *En busca de la Patria perdida*; p. 16.

² SAINT EXUPÉRY, Antoine de, *Citadelle*; p. 43

³ C. f.: MASON, Alfredo, *Esbozo de una Metafísica Cristiana*.

⁴ SANTO TOMÁS DE AQUINO *Suma Teológica* I q. 31 a. 1; ALAS, R. P. Guillermo *Antropología Teológica*; p. 2.

⁵ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica* I q. 4 a. 1-3; *In Aristotelis Physicorum*; VIII, lect. 1.

⁶ C. f.: MASON, Alfredo, *La persona actuante* en *Rev. UNLPam*. Desde otro punto de vista, pero con mayor claridad expositiva que la nuestra, ORTEGA Y GASSET, JOSÉ *La historia como sistema*; p. 3, y *El quehacer del hombre*; pp. 69-72.

⁷ ARISTÓTELES, *Analítica posteriora*; I. 1. 71 a 26-27.

⁸ Esto significaría suponer una privación de los sentidos inmanentes de la conciencia, por lo que deberíamos concebir una conciencia cognoscente que existiera en el vacío en el cual, ella produjera su propio sujeto material, sin considerar otros aspectos exteriores. C. f.: WOJTYLA, Karol, *The acting person*; pp. 36 ss.

⁹ Con el término “cuerpo” queremos hacer referencia a la vieja noción veterotestamentaria que estaba implícita en la utilización del nombre “adam”, que tanto alude a “hombre” como a la idea de “grupo” o, más precisamente, comunidad. Este grupo se considera como una realidad existencial más que como una esencia abstracta. C. f.: MAC KENZIE S. J., J. L. *Aspectos del pensamiento veterotestamentario*; p. 634.

¹⁰ La existencia no puede ser definida (*In Metaphysicam Aristotelis Commentaria* IX. lect. 5 N° 1826). Esto significa que —sin ninguna clase de exageración de lo hallado efectivamente— en este punto del razonamiento, el pensamiento se encuentra con el enigma del ser. Dicho con mayor precisión, el hombre se tropieza con el misterio del ser. La existencia no es una noción aprehensible por la lógica, ni una esencia añadida a otra esencia: radica en el seno mismo de la esencia, es aquel elemento no-esencial que hace reales todas las esencias. El elemento más común, en cierto sentido, ya que todo participa de él, pero al mismo tiempo el elemento más propio de cada uno, el más íntimo.

¹¹ Es de notar que el término “Nación” reconoce como origen al latino “nasci”, que significa “ser engendrado”, “nacido” y que a su vez está emparentado con “naturaleza”. O sea, el proceso de surgir y desarrollarse, pero que incluye en su designado la fuente originaria de las cosas, aquello a partir de lo cual se desarrollan, su génesis. Está implícito

en ello, no sólo lo que es, sino lo que se está siendo conforme al plan a desarrollar por este naciente.

¹² PITHOD, Abelardo, *Curso de Doctrina Social*; pp. 52, 61; MARTÍNEZ ESPINOSA, Rodolfo, *Politeia*.

¹³ El Gral. San Martín enuncia el principio práctico que corresponde a esta noción teórica y que citamos por ilustrativa: "Dios conserve la armonía —dirá— que es el modo en que salvemos la nave".

¹⁴ IBARGUREN, Federico, *Misión histórica de España*; p. 372; MARTÍNEZ ESPINOSA, Rodolfo, *op. cit.*

¹⁵ Esto implica la existencia de un territorio, una historia, una lengua, una cultura propias.

¹⁶ SANTO TOMÁS DE AQUINO *Suma Teológica*; II-II q. 101 a. 1; Cf.: CATURELLI, Alberto, *El concepto cristiano de Patria*; p. 60.

¹⁷ SAMYN DUCO, Emilio Juan *Universalismo del nacionalismo*; p. 13.